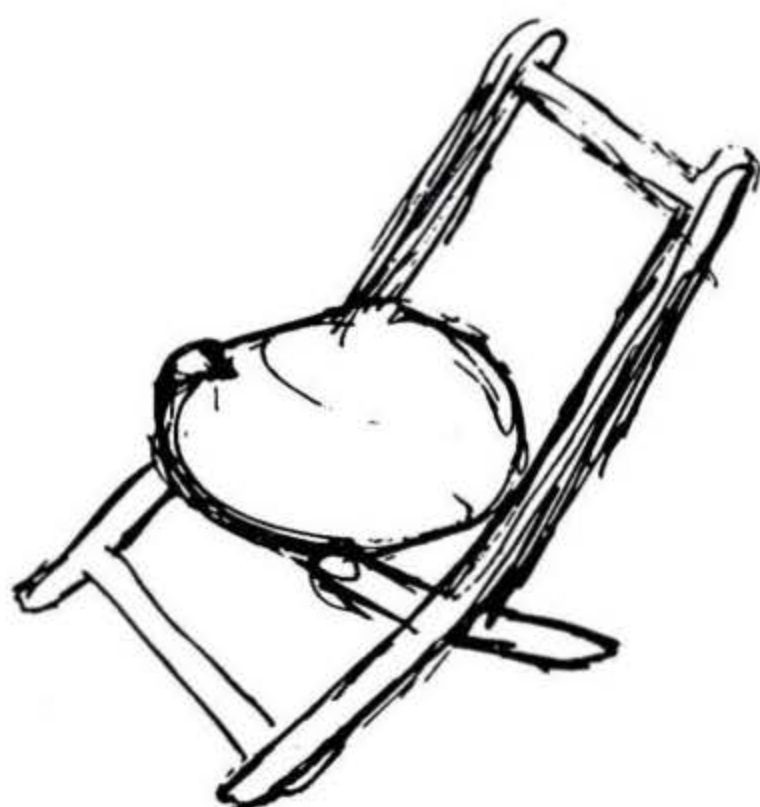


De todas maneras, la imaginación literaria de Téllez le permite deslizarse audazmente con plumazos que, si el lector no está atento o desconoce el tema y la zona, lo desconciertan. Préstese atención a lo humorísticamente expuesto por el autor cuando, al referirse a uno de los negociadores en el caso de los Vargas, en lo relacionado con la entrega de los trescientos mil pesos en la calle 17 con carrera 11, manifiesta: "[...] y sólo cuando ya estaba en la calle, cayó en cuenta que 'voz misteriosa' no aclaró dónde sería la cita si en Bogotá o en Chiquinquirá" (pág. 303).



En todo caso, al concluir el libro, el lector queda empapado, entre otras cosas, de la presencia de Efraín en el Quindío, el regreso a su tierra, Cachovenao y sus coqueteos con la Anapo después de no creer en los políticos, ni siquiera en los de su propio partido, el conservador (por ejemplo, en el presidente de la época: Guillermo León Valencia).

En el libro de Téllez (especialmente a partir de la cuarta parte: "El día más largo"), los personajes y sitios de Chiquinquirá y sus alrededores quedan descritos de una manera dramática y apasionante para los amantes de la historia de vidas o de las historias regionales desde una perspectiva literaria y periodística. Esa parece ser su propuesta metodológica.

Claro que para que hubiera sido una verdadera historia novelada se requería, entre otros elementos, haber creado personajes además de hacer mención a consultas bibliográficas y al método empleado en la recolección de la información. Sin embargo, hay que reconocer que de esta región de

Boyacá, cerca de los límites con el sureste de Santander en Colombia, poco es lo que se conoce de bibliografía, excepto los estudios rigurosos de Javier Guerrero (*Los años del olvido* [1981]), Mario Aguilera (*Los comuneros* [1985]) y Pedro Matéus (*La Belleza, un pueblo de Santander* [1982]) ahora el interesante trabajo que nos presenta Pedro Claver Téllez sobre Efraín González.

Un croquis, un mapa, unas fotografías de los sitios y los hechos y costumbres de la época en la región estudiada hubieran ubicado mejor al lector en el tiempo y en el espacio, a la vez que el texto hubiera logrado una ilustración oportuna y significativa desde el punto de vista del periodismo investigativo.

En síntesis, por las 616 páginas se despliegan trazos mágicos, no sólo en la mítica vida de Efraín González, sino en los sueños, anhelos, desconciertos y saberes, creencias y costumbres de los habitantes de esta martirizada, vilipendiada y mal comprendida región de la patria. Porque si algo caracteriza la imagen que de la zona mencionada tienen en el ámbito nacional como en el internacional los diferentes sectores sociales, es que se trata de un escenario como el descrito en *La divina comedia*: "Un Infierno", una tierra de bárbaros, de individuos sin Dios y sin ley, aunque en el fondo estas gentes hayan estado, desde tiempo atrás, aferradas a las tradiciones católicas.

Esta imagen es producto, en buena parte, de una situación social nacional a la cual no escapa casi ningún rincón del país (cuántos Efraínes no ha tenido Colombia; cuántos personajes de estos aún inéditos no están esperando un estudio serio de los científicos sociales), porque también surge esa visión de los juicios de valor, de la tergiversación, del síndrome de la chiva, del facilismo periodístico, del rumor sin confirmar, del chisme, de la habladuría sin fundamentos y, claro está, del imaginario popular, factores estos utilizados siempre de acuerdo con los intereses de cada grupo o fracción social involucrados o no en la trama que nos ofrece el autor de la obra que aquí hemos reseñado.

HÉCTOR BARBOSA
Universidad Central

Miguela empapelada

Los papeles de Miguela

Jairo Aníbal Niño

Carlos Valencia Editores,
Santafé de Bogotá, 1994, 70 págs.

Jairo Aníbal Niño es un autor que ya no necesita ser presentado a los niños colombianos. Junto con Elisa Mújica, Celso Román, Roberto Rubiano y Pilar Lozano, entre otros, ha ido conformando un grupo de escritores que ya tienen su propio público infantil. Carlos Valencia Editores ha desempeñado, también, un papel fundamental en la formación de esta pequeña biblioteca de literatura colombiana para niños. Entre los textos publicados por ellos están: *La alegría de querer* y *De las alas caracolí*, del mismo Niño; *Las cosas de la casa* de Celso Román; *Una aventura en el papel*, de Rubiano, y otros muchos.



Los papeles de Miguela es uno de los últimos libros de Jairo Aníbal Niño. En él, Niño trabaja tanto la narración como la prosa poética. Es una especie de caja de regalos de la que, una vez abierta, saltan varios juguetes: más textos.

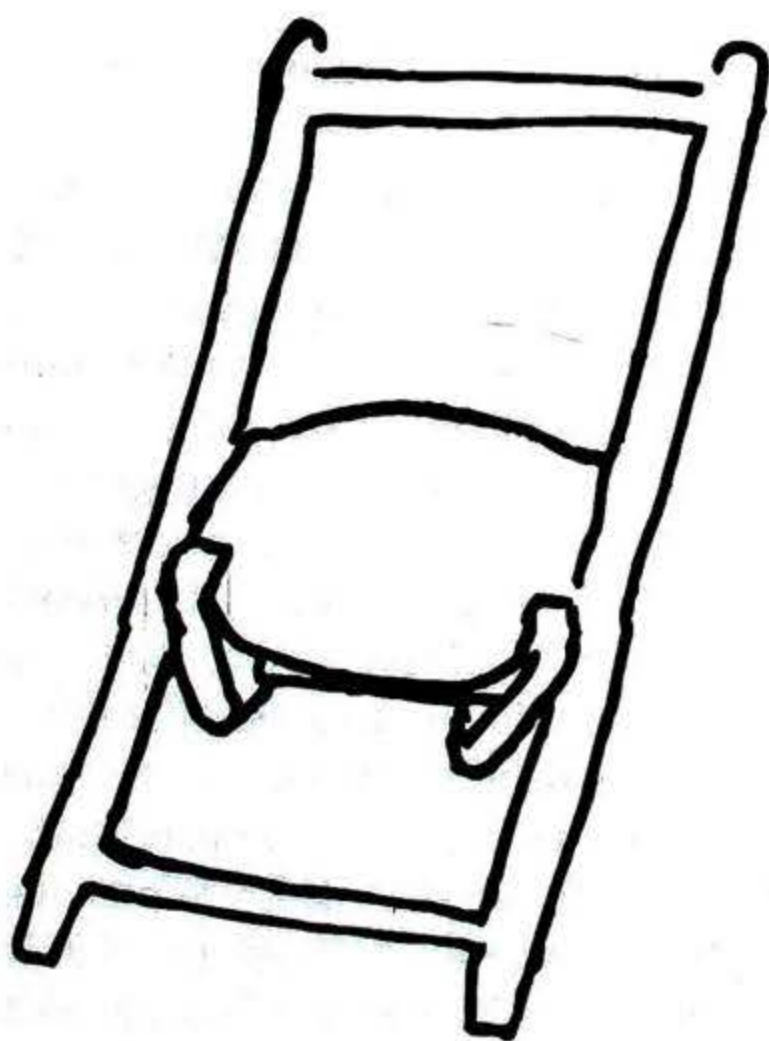
Alejandra es una estudiante de medicina que, un día, al tratar de entender por qué llueve en la mitad del hospital mientras en la otra mitad hace sol, conoce a Miguela, una niña sabia que, desde una silla de ruedas, le responde

que es porque “el sol tiene fiebre y quiere refrescarse”.

Pero la sabiduría de Miguela no queda en esas frases que le regala a Alejandra cuando la visita. En el hospital, mientras es tratada de una enfermedad cuyo nombre no importa, la niña hace figuras de papel que contienen extraños mensajes y las deja en los bolsillos de las enfermeras, los maletines de los médicos, las carteras de las mamás, las incubadoras de los bebés, para iluminarles el día y darles ánimo a los que lo necesitan.

Una vez que la niña se ha ido, Alejandra se dedica a recoger esas figuras por todo el hospital y decide editar los textos. Resulta entonces el libro en el que, luego de una introducción en la que nos cuenta de su amistad con ella, nos presenta los 43 textos, que son los llamados papeles de Miguela.

Estos textos cortos tienen la particularidad de narrar lo cotidiano desde una perspectiva diferente; por eso “después de nueve meses de gestación, el bebé da a luz una mamá”. Es en este mirar desde otra perspectiva, que pretende ser la infantil, donde radica el carácter poético de estos escritos en los que las palabras inauguran de nuevo; es aquí, también, donde está la fuente de la sabiduría de Miguela, para quien “las raíces del árbol están en su copa, porque lo que realmente lo sostiene y alimenta es su afán de elevarse”.



Precisamente, es el respeto por la sabiduría y el lenguaje infantil por lo que aboga Miguela, quien en la prime-

ra parte del texto, la narrada por Alejandra, dice: “¿Sabes qué es lo que más me enfurece? Que cuando un niño pronuncia cosas de su cabeza, los adultos dicen: mire, habla como un viejito. Que cuando un adulto habla bobadas, los otros adultos dicen: mire, habla como un niño. Cosas lindas las pueden decir los niños y los grandes y cosas bobas también”.

Pero Miguela es una niña de papel. Por eso, hay que ver qué dicen los niños al leer sus papeles.

LILIANA RAMÍREZ

Una sociedad fragmentada y polarizada

La fiesta liberal en Cali

Margarita Pacheco

Ediciones Universidad del Valle, Cali, 1992, 203 págs.

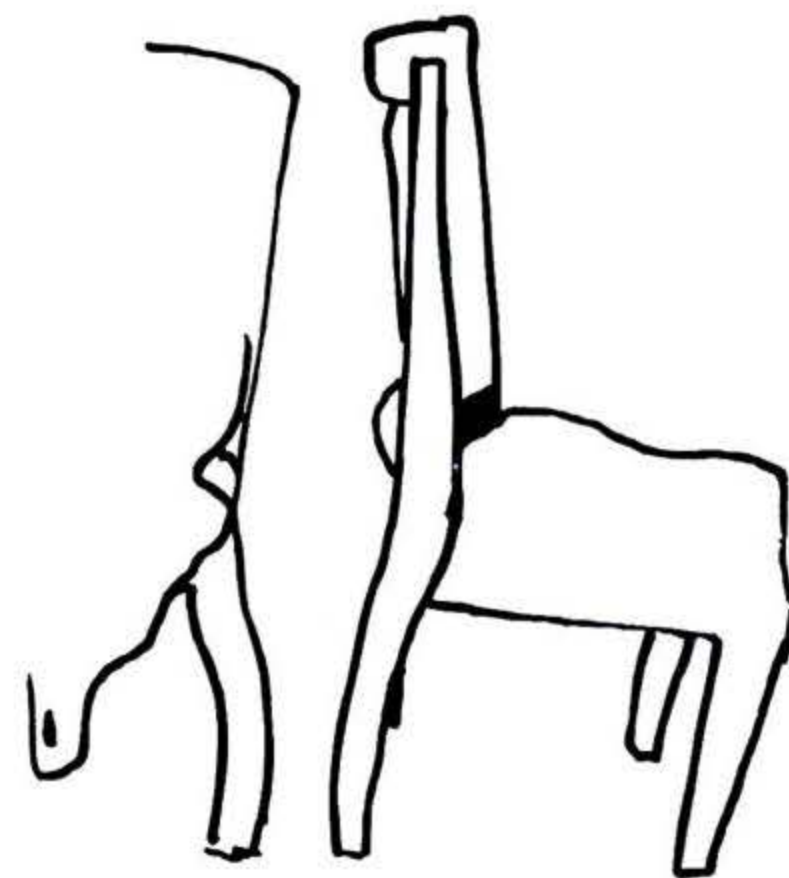
Con este título de evidente tono bajtiniano, Margarita Pacheco nos ofrece un trabajo refrescante, un esfuerzo digno de ser emulado por investigadores de otras regiones colombianas.

El libro consta de tres grandes ensayos, unas conclusiones sumarias y una bibliografía. Su objetivo es entretejer los elementos de la cultura o contracultura popular a los episodios de la revolución del medio siglo en Cali, ciudad que se “debatía entre la tradición y la modernidad” (pág. 57). Los ensayos versan sobre la economía, el proyecto liberal de transformación social y, finalmente, sobre el pueblo movilizado.

Pacheco insiste, correctamente a mi juicio, en definir una base “puramente económica” de la fiesta. Pero me parece significativo que no la halle en el consabido “producto agrícola que, como el tabaco, permitiese la tan anhelada vinculación” de la región a los mercados externos (pág. 189), sino en la lucha por los ejidos, y en el papel del contrabando del tabaco, que, más que el nexo con el mundo internacional, son

la “manzana de la discordia” entre los caleños.

De discordia también se trata cuando se aspira a “construir la ciudadanía”, tema desarrollado en el segundo ensayo. Aquí se nos muestra una sociedad en flujo cultural y atravesada de conflictividad étnica, estamental, clasista (en un sentido más bien decimonónico) e ideológico-religiosa.



La autora comienza planteando la polisemia del vocablo “pueblo” que, en una variedad de gradaciones, va de la plebe, los vagos, la vil canalla, al pueblo compuesto por individuos conscientes de sus deberes cívicos y de sus derechos civiles y políticos.

Al igual que los protagonistas de su narrativa, la autora enfrenta problemas de clasificación. Esto se manifiesta cuando busca definir quién compone la plebe caleña hacia 1850: “todos aquellos que, careciendo de propiedad y rentas, *no tenían un oficio estable* [bastardillas mías] que desempeñar [...] como labradores, jornaleros, carpinteros, sastres, herreros, zapateros, cabos, fundidores, canoeros y coheteros. Y cuyas descripciones físicas corresponden a las castas, específicamente, a mulatos o pardos” (pág. 62). La definición falla porque, de no comprobarse que había una altísima rotación de oficios entre los mulatos, o un patrón dominante de estacionalidad en tales oficios, no podemos creer que algunos de éstos, que requieren años de aprendizaje, no dieran el estatus social de “oficio estable”. Allí estriba, quizá, el embrollo de las secciones 2.4 y 2.6. En las condiciones descritas, es difícil, por un lado, imagi-